



# La Santa Sede

---

***MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI  
AL DIRECTOR GENERAL DE LA FAO  
CON MOTIVO DE LA JORNADA MUNDIAL DE LA ALIMENTACIÓN***

*Al señor JACQUES DIOUF  
Director general de la  
Organización de las Naciones Unidas  
para la alimentación y la agricultura  
(FAO)*

La celebración anual de la Jornada mundial de la alimentación, patrocinada por la Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura (FAO), es una oportunidad para revisar las numerosas actividades de esta Organización, sobre todo con respecto a su doble misión: proporcionar una alimentación adecuada a nuestros hermanos y hermanas en todo el mundo y afrontar los obstáculos que se oponen a esta tarea a causa de situaciones difíciles y actitudes contrarias a la solidaridad.

El tema elegido para este año –"Invertir en la agricultura para la seguridad alimentaria"– pone en el centro de nuestra atención el sector agrícola y nos invita a reflexionar en los diferentes factores que dificultan la lucha contra el hambre, muchos de los cuales son provocados por el hombre. No se presta la suficiente atención a las necesidades de la agricultura, y esto no sólo trastorna el orden natural de la creación sino que también pone en peligro el respeto de la dignidad humana.

En la tradición cristiana el trabajo agrícola tiene un significado más profundo, no sólo a causa del esfuerzo y los sacrificios que implica, sino también porque ofrece una experiencia privilegiada de la presencia de Dios y de su amor a sus criaturas. Cristo mismo usa imágenes de la agricultura para hablar del Reino, mostrando así un gran respeto por esta forma de trabajo.

Hoy pensamos especialmente en quienes han tenido que abandonar sus tierras de cultivo a causa de conflictos, de desastres naturales y del abandono por parte de la sociedad del sector

agrícola. A la Iglesia "le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien" (*Deus caritas est*, 28).

Hace ahora diez años mi venerable predecesor el Papa Juan Pablo II inauguró la Cumbre mundial de la alimentación. Este aniversario nos brinda la oportunidad de mirar hacia atrás y constatar la inadecuada atención que se ha prestado al sector agrícola y los efectos que esto tiene en las comunidades rurales. La solidaridad es la clave para identificar y eliminar las causas de la pobreza y el subdesarrollo.

Con frecuencia la acción internacional para combatir el hambre ignora el factor humano, y en cambio se da prioridad a los aspectos técnicos y socioeconómicos. Es necesario implicar a las comunidades locales en las opciones y decisiones que atañen al uso de la tierra, pues las tierras de cultivo se están orientando cada vez más hacia otros objetivos, provocando a menudo efectos dañinos en el ambiente y en la viabilidad de la tierra a largo plazo. Si la persona humana es considerada como protagonista, resulta claro que las ganancias a corto plazo deben situarse dentro del contexto de la planificación a largo plazo para la seguridad alimentaria, teniendo en cuenta tanto la cantidad como la calidad.

El orden de la creación exige que se dé prioridad a las actividades humanas que no causan daños irreversibles a la naturaleza, sino que, por el contrario, se integran en el entramado social, cultural y religioso de las diferentes comunidades. De este modo, se logra un balance sobrio entre el consumo y la sostenibilidad de los recursos.

La *familia rural* necesita recuperar su lugar en el corazón del orden social. Los principios morales y los valores que lo gobiernan pertenecen a la herencia de la humanidad, y deben tener prioridad sobre la legislación. Se refieren a la conducta individual, a las relaciones entre marido y mujer y entre generaciones, y al sentido de la solidaridad familiar. La inversión en el sector agrícola debe permitir a la familia asumir su propio lugar y función, evitando las consecuencias dañinas del hedonismo y del materialismo que pueden poner en peligro el matrimonio y la vida familiar.

Los programas de educación y formación en las áreas rurales deben generalizarse, financiarse adecuadamente y dirigirse a los grupos de todas las edades. Es necesario prestar atención particular a los más vulnerables, especialmente a las mujeres y a los jóvenes. Es importante transmitir a las futuras generaciones no sólo los aspectos técnicos de la producción, la alimentación y la protección de los recursos naturales, sino también los valores del mundo rural.

La FAO, cumpliendo fielmente su mandato, realiza una inversión vital en la agricultura, no sólo a través de un adecuado apoyo técnico y especializado, sino también ampliando el diálogo que tiene lugar entre las agencias nacionales e internacionales implicadas en el desarrollo rural. Las iniciativas individuales deben incorporarse en estrategias más amplias orientadas a combatir la pobreza y el hambre. Esto puede ser de importancia decisiva si las naciones y las comunidades

implicadas realizan programas coherentes y trabajan con vistas a un objetivo común.

Hoy, más que nunca, ante las crisis recurrentes y la búsqueda del mero interés personal, tiene que haber cooperación y solidaridad entre los Estados, cada uno de los cuales debe prestar atención a las necesidades de sus ciudadanos más débiles, que son los primeros que sufren a causa de la pobreza. Sin esta solidaridad, existe el riesgo de limitar o incluso de impedir el trabajo de las organizaciones internacionales que se proponen luchar contra el hambre y la desnutrición. De este modo, promueven eficazmente el espíritu de justicia, armonía y paz entre los pueblos: "Opus iustitiae pax" (cf. *Is* 32, 17).

Con estos pensamientos, director general, deseo invocar las bendiciones del Señor sobre la FAO, sobre sus Estados miembros y sobre todos los que trabajan con tanto empeño para apoyar el sector agrícola y promover el desarrollo rural.

*Vaticano, 16 de octubre de 2006*

**BENEDICTO PP. XVI**

---

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana